

carreta, é hizo la señal de partir al carretero, que no era otro que el mozo de cordel supuesto. Este marchaba al lado de la bestia, para tirarle de la brida siempre que habia de doblarse una esquina, al lado del vehiculo Simon y sentada en él sobre un baul con la mano derecha puesta en la tapa de la canasta, Juana María; de cuyo semblante no habia desaparecido aun el aire de dignidad que habia asumido en su último diálogo con el comisario de la Comision de salvacion pública.

El hecho que acaba de referirse ocurrió el 10 de enero de 1794. El mismo día en que Luis XVII salió del Temple, su hermana Teresa, que aun ocupaba los cuartos altos del dicho edificio, escribió en su diario, despues conocido bajo el título de,—Relacion de los sucesos ocurridos en el Temple, por madama Real, las siguientes palabras:—Hoy mi tia y yo oimos debajo, en el cuarto de mi hermano, un gran ruido, por donde sospechamos que se le habian llevado. Y nos convencimos de ello, cuando mirando por el ojo de la llave, vimos que sacaban muebles y otros efectos. Al día siguiente oimos abrir la puerta del cuarto de mi hermano, y reconocimos los pasos de los hombres que iban y venian, lo cual nos confirmó en la creencia de que se lo habian llevado.

Entre tanto la estropeada carreta con su extraña carga, rodaba á espacio por las calles, sin llamar la atencion de los transeuntes. Por el camino encontraron varios mozos de cordel, los cuales se daban todos por conocidos de Toulan, le saludaban, averiguaban su destino y seguian adelante, al parecer con la mayor indiferencia. Pero algunos de estos mozos penetraron en brillantes palacios y produjeron en ellos con la nueva singular comocion. Particularmente en el del conde Frotté, hubo hasta confusion; porque dispuso le prepararan el coche con cuatro caballos, y apenas le dijeron que estaba listo á la puerta, con tres bauls en la zaga, bajó él las escaleras envuelto en su rico redingote de pieles. Tomó asiento á la izquierda de un muchacho de unos diez años de edad, que llevaba cachucha de terciopelo adornada con pieles en el cabello corto y rubio, y cuyo cuerpo delgado y gracioso cubria una capa tambien de terciopelo, la cual descendia hasta los zapatos con hevilas de oro sembradas de piedras preciosas.

Por la precedencia que le concedieron al salir de casa y al entrar en el coche, por las reverencias con que acompañaban las menores palabras que le dirigieron, y por el tono de indiferencia con que el jovenzuelo dicho recibió todas esas muestras de respeto y homenaje, se convence cualquiera que el conde y sus criados le tenian en mucho. Cuando este entró en el carruaje, despues del jóven, el mayordomo cerró la portezuela y preguntó hácia dónde queria el conde que se encaminara el postillon.

—Camino de Puy, contestó él; y repetidas las palabras en alta voz, partió el coche.

Apenas le perdió de vista, el mayordomo llamó aparte á uno de los otros criados y le dijo con aire solemne:

—Ciudadano, tengo algo que contaros. ¿Pero me prometéis que sereis fiel y obediente criado del conde? Pues, S. S. ha emprendido un viaje largo, que debe permanecer secreto. Exijo de vos, por tanto, que si alguien os pre-

gunta á donde ha ido S. S., contesteis que lo ignorais. Pero sobre todo, no hay que mencionar que el conde viaja con el jóven... caballero, de cuyo nombre y rango estamos tan poco enterados.

Prometió el criado hacer y decir cómo se le recomendaba y luego que volvió la espalda y se marchó, dijo para sí el mayordomo siguiéndole de reojo:

—Hé ahí un espía de la Comision de salvacion pública. Estoy convencido de ello, como de que ahora mismo irá á contárselo todo á las autoridades. Corre, vil insecto. Dí que el conde, acompañado del muchacho, ha partido para Puy. Está bien, muy bien. Con eso los sabuesos se darán un solemne chasco. No apetece cosa mejor el conde, ni con otra mira el el señor Morin de Gueriviere prestó su único hijo. Espero que salga en bien el plan de mi señor, y que la Comision se dé de narices contra el canton de la esquina.

Mientras esto pasaba en un barrio de París, la carreta, con los efectos de Simon, siguiendo otro rumbo hizo alto delante de la casita del resguardo en la puerta Macon. Allí se hallaba una mujer en traje limpio de lavandera de la aldea de Vannes, que era entonces, como ahora, la residencia de las de ese oficio.

—Vamos, gritó ella ayudando á bajar á la esposa del zapatero. Al fin han resollado. Hace dos horas que espero. Se me citó para las once y ya es como la una. ¿Qué dirán mi marido y mi niño cuando me vean volver tan tarde?

—Perdonad, contestó Juana María con bondad. Venimos despacio porque todo estaba suelto en la carreta y temiamos una averia. Esta vez hay mas ropa sucia que otras; todo está en la canasta. Sin mas contar ni apuntar podeis llevárosla en vuestro carreton. Ea, Simon, y tú, mozo, tomen esta canasta y pónganla en el carreton de la lavandera que aguarda á la puerta de la muralla.

En él habia otros lios de ropa sucia. Varios curiosos habia por allí y observaron con mas ó ménos atencion la llegada de la carreta, el traspaso de la canasta al carreton de la lavandera; pero en toda apariencia no sospecharon nada, y, por una parte, el empleo del amo, respetable en aquellos lugares, por otra, el aire de seriedad que adoptó Juana María, impusieron respeto y silencio á chicos y grandes.

La fingida lavandera, no bien montó en su carreton, alzó la tapa de la canasta y removió parte de la de encima, como para arreglar las piezas, y que no se salieran.

—Sire, dijo en voz muy baja, me oye V. A.?

—Sí, contestó una voz débil y apagada en la canasta.

—¿Podrá resistir V. A. un poco mas ahí?

—Podré; pero daos prisa á ponerme en salvo.

Con esto la lavandera pegó un zurriagazo al caballo, el cual partió á un trote vivo, en direccion de los suburbios de la ciudad. Dos hombres le veian partir y le siguieron con la vista hasta que desapareció en una nube de polvo: uno de ellos era Simon, otro Toulan.

A este último, cuando no vió mas el carreton en lontananza, se le iluminó el semblante, y levantando los ojos al cielo, se estuvo breve rato en ademan de orar ó de dar gracias á Dios

por el buen éxito del plan de fuga del príncipe, al ménos hasta su salida del Temple y de la revolucionaria París.

—Ahora bien, Toulan, le dijo el nuevo guardado en secreto. He cumplido mi palabra...

—Cierto, contestó él, á mí me toca ahora cumplir la mia. Entremos en casa y os pagaré.

Entraron, y así que Juana María arregló á la carrera y lo mejor que se pudo sus muebles en la nueva morada, para lo cual empleó á su marido, á Toulan, á un empleado del resguardo y á uno de los curiosos, el segundo se encerró con el primero y le puso en la mano los veinte mil francos en diferentes clases de moneda.

—Pero no habrá quien cante? preguntó Simon contando el dinero pieza á pieza.

—No hay que temer, contestó Toulan. Traicionar al ciudadano Simon equivaldria á traicionarla causa en que estamos afiliados y entregar al jóven rey en manos de sus crueles enemigos. Nadie, excepto yo, sabe que el ciudadano Simon me ha ayudado á salvarle de propia voluntad. Los demas creen que le he engañado, así, tranquilícese que Toulan es tan callado como el sepulcro en ese respecto.

Sin mas, se separaron. Simon vió alejarse á su amigo con expresion siniestra y dijo entre sí:

—Es preciso; de otro modo no tendré descanso ni tranquilidad de día ni de noche. Habré salido del Temple para entrar en otro infierno. Toulan solo sabe tu secreto. ¡Qué lindo! Pero si Toulan muere, con él muere el secreto, está claro: los muertos no hablan. Sí, es preciso, ó caeré en el mismo pozo que he ayudado á cavar. Primero yo, y siempre yo. Al avío, no sea que me gane por la mano.

Antes de perderle de vista, sin embargo, le llamó á voces, para darle, segun le dijo, los rizos que le habian cortado al príncipe y que Juana María se habia traído del Temple por distraccion. Pero buscados, no se encontraron y Toulan quedó en volver por ellos al día siguiente á las nueve.

Todo el día se lo pasó Simon muy pensativo, pues no obstante que sus manos se ocupaban en arreglar los muebles, sus pensamientos se hallaban en otra parte. Por la tarde dijo á su mujer que tenia que ir al Temple, pues habia dejado olvidada una caja con algunos utensilios.

—Se me figura que sientes haber salido de la cárcel, le dijo Juana María sonriendo. Estás triste y pensativo.

—No puedo negar, contestó Simon distraído, que ya me habia aquerenciado en el Temple. Por eso vuelvo allá.

Pero al salir, en vez de dirigirse á la prision de los reyes de Francia, corrió á la casa del Ayuntamiento de la ciudad y tocó la campanilla con tal violencia, que el portero, azorado, vino á abrir sin pérdida de tiempo.

—¿Sois vos, ciudadano? dijo. Creía que habia sucedido algo.

—Pues algo ha sucedido, replicó Simon impaciente. Vengo á dar un parte á la Comision de salvacion pública. ¿Se ha reunido?

—Sí, en la sala pequeña. A la puerta llamará el ciudadano un ujier: él le anunciará.

Este, en efecto, preguntó á Simon qué obje-

to le traía, y sabido, abrió la puerta y dijo en alta voz hácia adentro:

—El ciudadano Simon, con noticias de grave importancia para el Estado.

Los miembros todos de la Convencion conocian mas ó ménos al antiguo carcelero del Temple, conocian su celo y lealtad republicanos, y aunque con grave porte, lo recibieron civil y amablemente.

—He venido, comenzó él á decir despacio y con cierto temblor, para acusar ante este sublime Cuerpo á un individuo que conspira contra la república y amenaza poner en peligro la libertad....

—¿Quién es? qué ha hecho? preguntó el presidente sonriendo.

—¿Qué ha hecho? Mucho. Trata nada ménos que de sacar del Temple el lobezno. Tal vez ya lo ha conseguido, porque cuando yo salí no habia llegado todavia mi sucesor y el pequeño Capeto se quedó solo. ¿Quién es ese capaz de librar al chico y á las dos mujeres? Toulan, el traidor, el realista Toulan.

—Toulan! repitió Petion. Le conocemos, es capaz de todo. Ya fué preso una vez y con la fuga escapó al castigo que tenia merecido. Sin duda que ha ido á Coblenza á reunirse con los otros traidores, hermanos del tirano. La policia está vigilante, y no ha descubierto todavia dónde se oculta.

—Pues yo voy á poner la policia en la pista, repuso Simon riendo. Tened la bondad, ciudadanos, de despachar á mi casa mañana dos guardia civiles y les entregaré al traidor Toulan.

CAPITULO XXVIII.

MUERTE DE TOULAN.

A las nueve en punto de la mañana siguiente, Toulan, en traje de mozo de cordel, se acercó á casa del nuevo guarda en la puerta Macon, quien le recibió á la entrada contento y le condujo á la sala.

—Soy, como veis, puntual; dijo Toulan. Espero que sereis tan puntual en darme lo prometido.

—Siento no poder en este momento. Mi esposa tiene el paquetero y ella ha salido. Esperad, sin embargo, si estais ansioso de poseer esa prenda.

—Esperaré hasta mañana si es preciso. Los rizos de mi jóven rey valen un tesoro para mí....

—Vamos, ciudadano, le interrumpió Simon, exagerais. ¿Va que estimais en mas la botellita dorada que os regaló la Austriaca? La conservais aun?

—No se aparta de mí, contestó el entusiasta realista. Mas bien que perder tan cara prenda de Maria Antonieta, preferiria perder la vida.

—Veremos si eso es verdad, dijo Simon riendo á tiempo que abria la puerta. Entraron dos comisarios seguidos de hombres armados, y él añadió: ¿Habeis oido todo?

—Todo, contestaron ellos; ciudadano Toulan, agregaron hablando con este último, daos preso. Ea, ciudadanos soldados, aseguradle bien y á la Conserjeria con él. Las autoridades decidirán en breve de su suerte.

—Está bien, contestó el jóven con serenidad.

No dudo que se me nará el honor de despacharme por el camino por donde despacharon á mis reyes. Seguiré su noble ejemplo y moriré como ellos con firmeza por la santa causa de la monarquía. Vamos, no quiero respirar por mas tiempo el aire que ha emponzoñado con su aliento el blasfemo y falso Simon. ¡Ay! de tí, miserable! Acuérdate de mí en tu hora postrera y ten presente estas palabras:—Hoy me envías á la muerte, para vivir en paz. Pero no la hallarás sobre la tierra y si nadie te delata, ahí está tu conciencia que te acusará constantemente. Sobre tu cabeza caiga mi sangre.

Solo por corto tiempo gozó Simon de su libertad y de su dinero, volviéndose loco al cabo de un año, en cuyo estado atentó varias veces contra su vida, y murió en la casa de dementes de Bicetre. Su esposa hasta 1821 vivió en un hospital de París, y en la hora de su muerte afirmó que el pequeño Capeto fué librado del Temple de la manera que queda referida en las anteriores páginas.

Al anoecer del día en que Simon salió del Temple, el sota despabilador, cumplida su tarea, participó que no era el pequeño Capeto el niño que yacía en el colchon. Debía saber esto, recalaba, porque diariamente le había visto desde que le encerraron y recordaba perfectamente su fisonomía.

Mucho asustó al nuevo carcelero, Augusto Lasne, nueva tan inesperada como extraordinaria, y dió parte inmediatamente de la ocurrencia á la Comision de salvacion pública. Esta, desde bien temprano, se constituyó en cuerpo en el Temple, y recomendando á todos el mayor secreto, empezó las investigaciones con energia y celeridad.

Vestido con la ropa gastada del delfin se encontraron las autoridades en el colchon con un muchacho calenturiento y gimiente. La ropa fué fácil reconocerla por ser la misma que algun tiempo ántes se habia mandado hacer para el hijo del rey, mas nadie pudo afirmar si era este el chico cubierto de llagas, de cara abotagada, ojos hundidos y sin lustre, que tenian delante. ¿Podía la enfermedad haber efectuado cambio tan completo en la fisonomía, por lo comun ántes animada y risueña del príncipe?

Ante todo se hizo comparecer allí al doctor Naudin. Y examinado el muchacho, afirmó formalmente que era el mismo que habia visto cuando le llamaron para visitar á la mujer Simon, solo que la enfermedad, en su constante desarrollo, habia producido los cambios que se observaban, ademas de que, habiéndole cortado los rizos, no habia que sorprenderse de que no le reconociera el sota despabilador del Temple.

Lo mismo afirmó Simon á quien se le tomó declaración. Para mas confirmacion de su aserto trajo los rizos que le habia cortado al delfin el día anterior, y comparados con el pelo corto del niño enfermo, se vió que no diferia esencialmente el color de ambos.

No fué esto bastante, sin embargo, para disipar las dudas de algunos miembros de la Comision, en especial cuando el criado del conde Frotté dió parte del viaje repentino y misterioso de su amo, en compañía de un muchacho á quien todos habian tratado con la mayor deferencia y toda suerte de agasajos.

¿Quién podía ser ese muchacho sino el del-

fin, arrebatado del Temple por el conde y Toulan de una manera tan misteriosa como hábil? Se ordenó pues la persecucion de los fugitivos, con mayoría de razon que el gobierno tuvo noticia de que el conde de Saint Prix habia salido de París con otro muchacho y tomó el camino de Alemania. Chazel, miembro de la Convencion, fué despachado á Puy para prender al primero de estos condes junto con el muchacho; y Chauvaine, otro miembro del mismo cuerpo, recibió orden de ir en pos del conde de Saint Prix.

Al cabo de días ambos volvieron, sin haber efectuado cosa de provecho; porque si bien Chazel alcanzó al conde Frotté en Puy acompañado de un muchacho, se probó hasta la evidencia que este no era el hijo del rey, sino del señor Morin de Gueriviere, ausente en Coblenza. Chauvaine ni tanto logró en la caza, pues se le escapó el conde de Saint Prix, quien, segun informes, habia cruzado el Rin en compañía de otro muchacho y entrado en Alemania.

Íntil era, por tanto, continuar las investigaciones y necesario resolverse á creer que el muchacho entonces enfermo en el Temple y cada vez mas grave, era Luis Carlos, hijo de Luis XVI. Debía guardarse un estricto silencio sobre las sospechas que se habian despertado, á fin de que los monarquistas no abrigasen nuevas esperanzas y valor fundados en la posibilidad de la fuga del delfin de la prision del Temple.*

Con motivo de las investigaciones que se hacian lo mismo que de las esperanzas que se alimentaban de que hablase Toulan, no se dispuso sumariamente de su suerte. Preso y conducido á la Conserjeria el 20 de enero, ahí se le detuvo hasta el mes de mayo en que le condenaron á muerte casi sin prévia formacion de causa. Su delito fué aceptar regalos de la viuda Capeto y haber tramado su liberacion y la de sus hijos de la cárcel.

En el mismo día y á la misma pena condenaron á madama Isabel, hermana de Luis XVI, por haber llevado correspondencia con sus hermanos, por conducto de Toulan, con objeto de facilitar la fuga de la familia real. Cuando le notificaron su sentencia, dijo ella sonriendo:

—Gracias doy á mis jueces que me permiten ir á reunirme con los que amo en la presencia de Dios.

Con igual compostura y serenidad recibió Toulan la notificacion de su sentencia de muerte, y como último y único favor pidió le guillotinasen junto con madama Isabel, á la cual deseaba acompañar al patibulo.

—Concedido, le dijo el juez, pero en ese caso solo os quedan algunas horas de vida, ciudadanos Toulan, siendo así que mañana será guillotinaada Isabel Capeto.

Bien temprano salieron tres carretas de la Conserjeria. En cada una iban sentadas ocho personas, tanto hombres como mujeres, todas de la mas elevada aristocracia. Habíanse puesto sus mas brillantes vestidos y ricos adornos, sus sedas, bordados de oro, encajes, joyas costosísimas, raras plumas, el cabello aderezado á la última moda y adornado con flores y cintas, abanicos caprichosos, todo, en fin, como para una gran fiesta. Si eran los caballeros llevaban las casacas de terciopelo bordadas

nos, sus sedas, bordados de oro, encajes, joyas costosísimas, raras plumas, el cabello aderezado á la última moda y adornado con flores y cintas, abanicos caprichosos, todo, en fin, como para una gran fiesta. Si eran los caballeros llevaban las casacas de terciopelo bordadas de plata y oro, la pechera con ricos velos de batista bordados, los puños con espléndidos encajes de Flandes, la cabeza al descubierto, para mostrar la coleta y los bucles empolvados y el sombrero de tres picos, galoneado y con plumas, bajo el brazo, al modo con que se presentaban en la corte á rendir homenaje á los reyes.

Todos estos aristócratas habian pedido como un favor se les guillotinasen ese día, aniversario del último en que habian estado en Versalles. En todos los semblantes se notaba una viva alegria, en los ojos el entusiasmo, y cuando los veinte y cuatro fanáticos, y cuando nombre no puede dárseles, se aparearon de las carretas al pié del patibulo, cualquiera habria creído que concurrían á unas bodas y no al matrimonio de la muerte.

En esa brillante y gozosa comitiva, no habia sino dos personas que diferian de las restantes en su aspecto, en su traje y en su porte. Una era, la muchacha de rostro pálido y angélico, que iba sentada entre la hermana de Malesherbes y la esposa del antiguo ministro Montmorin, vestida de blanco y con un velo sencillo de muselina, que la rodeaba como una nube blanca en que ascendía al cielo. La otra era el hombre que se sentaba detras de ella, cuyo semblante firme é impávido, no presentaba la mas ligera muestra de que una hora ántes habia vertido copiosas, amargas lágrimas al despedirse de su mujer y de su único hijo. En aquella su frente activa y pensadora, no restaba la menor huella de las penas terrenales; porque Toulan, hasta en la muerte, queria hacer honor al nombre que le habia dado su reina, la mas amable y amada de todas las mujeres en la tierra.

Una vez desmontados, al pié del cadalso y á la vista de la horrible máquina de muerte, se dejó en libertad á las señoras y caballeros decidieran entre sí el orden en que debian ascender las gradas y rendir el cuello, bajo la cortante cuchilla. Respecto de la hermana del rey y de Toulan, habia dispuesto, sin embargo, el tribunal revolucionario, que aquella fuese decapitada la penúltima y este el último.

Pidieron, no obstante, los caballeros el favor de preceder á las señoras en el patibulo; y uno tras otro al subir las gradas, hacia una reverencia á Isabel, lo mismo que si estuviera en la corte, y un saludo con la mano á sus amigos. La princesa contestaba con una sonrisa que no tenia nada de terrenal.

Luego que cayeron en la canasta las doce cabezas de los caballeros, luego que se echaron á un lado sus cadáveres y que se limpió un poco el charco de sangre en el tablado, le tocó su turno á las señoras. Todas abrazaron y besaron á la princesa y todas con la sonrisa en los labios pusieron la cabeza bajo el hacha. La ante penúltima que ascendió las gradas del patibulo fué la marquesa Crussol d'Amboise.

—Fiel, dijo entonces Isabel á Toulan, pronto

me veré con mi hermano y mi cuñada. Dame la mano, hermano mio, me acompañarás á la muerte y allá arriba te presentaré á María Antonieta. Hermana, le diré, este es el único corazon leal y bueno que late por tí en la tierra, te le traigo para que te regocijes con él en el cielo. La palabra de Dios ha sancionado el título que te ha dado mi hermana: Sé fiel hasta la muerte y yo te daré una corona de vida.

En aquel instante crejó la máquina, se oyó un golpe sordo, saltaron chorros de sangre y la cabeza de la marquesa Crussol d'Amboise cayó en la canasta, todo de seguido.

—Isabel Capeto, gritó el verdugo.

—Allá voy, contestó ella con voz entera.

Y empezó á subir las gradas. Toulan la siguió de cerca, y ya en los últimos escalones le tocó en el brazo y la dijo:

—Princesa, tengo un secreto que comunicaros. Juré que mis labios no lo revelarían á ningún mortal; pero vos, Isabel, no pertenecéis ya á este mundo, la paz de Dios ilumina vuestra frente y ántes de remontaros al cielo deseo que vuestro corazon se ensanche y tenga un instante de gozo. Sabed que el muchacho encerrado hoy en el Temple, no es el delfin. He cumplido la promesa que hice á la reina. Mediante mis esfuerzos, ha tiempo que Luis Carlos se halla en la Vendée, sano y salvo, bajo la proteccion del príncipe de Condé.

—Gracias, Fiel, adios! Un beso de hermanos y adios!

—Adios, hermana mia! contestó Toulan besando aquellos labios que contraia constantemente una celestial sonrisa.

Mientras Isabel con paso firme y sereno continente caminaba á la máquina, se quitaba el velo y ponía la garganta en el poste, debajo de la cuchilla, Toulan permaneció de rodillas con los ojos fijos en el espacio, las manos juntas y el semblante transfigurado á poder de la oracion ó del vuelo que habia comprendido su espíritu mucho ántes que el verdugo hubiese roto el vaso de barro en que plugo encerrarlo á su Creador.

—Toulan! gritó el verdugo. ¿No has oído? Ahora te toca á tí.

Efectivamente, él no habia visto caer en la canasta la noble cabeza de Isabel, no habia oído las voces de Samson que le llamaban, de tal modo se habia abstraído en aquella hora suprema. Apenas apareció en el tablado con el ademan fiero y el rostro radiante de alegria, cuando una mujer jóven y hermosa, en medio del tropel de espectadores, dió un grito desgarrador y penetrante, cayendo sin conocimiento en brazos de algunas personas allí inmediatas, á tiempo que un muchacho que la acompañaba, extendía sus brazos al patibulo y exclamaba:—¡Padre, querido padre!

Si Toulan oyó aquellos gritos y notó la escena del desmayo, ó no, difícil es afirmarlo, porque no bajó la vista en direccion de los espectadores, ni se le inmutó por un segundo siquiera la serenidad del semblante.

—Dios es amor, dijo él bien alto y claro, al doblar el cuello. Aquel que vive en amor, vive en Dios, y Dios...

El golpe del hacha no le dejó terminar la frase.